

Cabina 3

Tragicomedia · Obra de 4 personajes · 2 mujeres, 1 hombre, 1 indistinto · 55 min · Avanzado

En Lisboa, durante los tres días de un congreso internacional de ingenieros de puentes, Elena y Jonas, intérpretes, vuelven a coincidir en la misma cabina. Vivieron juntos hace veinte años y desde entonces no se han dirigido la palabra. Con ellos, Sam, en prácticas, que tiene que aguantar diez minutos al micro para aprobar el título, y Alma, en el control de sonido, que lo oye todo. Solo pueden hablarse con el micro cerrado, y los discursos que interpretan empiezan a responder por ellos.

La cabina de interpretación número 3 de un centro de congresos de Lisboa, tres días de octubre, en la actualidad.

Reparto

ELENA (Papel femenino, Adulto) 51 años, intérprete de conferencias, vive en Montreal desde hace veinte años.

JONAS (Papel masculino, Adulto) 53 años, intérprete de conferencias, vivió seis años con Elena.

SAM (Sin marca de género, Joven adulto) 24 años, en último curso de la escuela de interpretación, en prácticas con Elena.

ALMA (Papel femenino, Adulto) 46 años, técnica de sonido, lleva quince años en el control de los congresos, de ciudad en ciudad.

ACTO I: PRIMER DÍA

ESCENA 1

(La cabina 3: un cristal que da a una gran sala, una consola, dos micros, dos cascos, una tercera silla detrás con unos terceros cascos. Alma, con unos cascos al cuello, prueba los micros.)

ALMA. Uno, dos. Uno, dos. Cabina 3, micro izquierdo.

(Pulsa una tecla.)

ALMA. Cabina 3, micro derecho. Uno, dos. Los puentes de Lisboa. Uno, dos, tres.

(Entra Elena, con un bolso, un termo y una pila de carpetas.)

ELENA. Buenos días. Me han dicho cabina 3.

ALMA. Le han dicho bien. Siéntese donde quiera, pero le aviso, el micro derecho chisporrotea cuando alguien da golpecitos con el pie.

ELENA. Yo no doy golpecitos con el pie.

ALMA. Eso dice todo el mundo. Al tercer día, todo el mundo da golpecitos con el pie.

(Elena deja el termo sobre la consola. Alma lo coge y lo deja en el suelo.)

ALMA. Nada líquido sobre la consola. Hubo un café, en Oporto, hace cinco años. Todavía se habla de él.

ELENA. ¿Es usted el control?

ALMA. Soy el control. Alma. Si tiene un problema, pulsa aquí, habla, y yo la oigo. Si no tiene ningún problema, no pulsa.

ELENA. ¿Y este?

ALMA. El botón de tos. Mientras lo tenga pulsado, su micro está cerrado. Tose, se suena, habla mal del orador. Lo suelta, y la sala vuelve a oírla. Y estos micros solo cogen lo que está muy cerca. Si habla bajo, la sala no oye nada. Si grita, lo oye todo. ¿Ha trabajado ya en cabina?

ELENA. Veintiséis años.

ALMA. Entonces ya sabe todo esto. Lo digo igual. Es el reglamento interno de mi cabeza.

(Entra Sam corriendo, con una acreditación en la mano y un cuaderno bajo el brazo.)

SAM. Buenos días. Perdón. ¿Es la cabina 3? Sam. Vengo por las prácticas. Tengo que encontrar a Elena.

ELENA. Soy yo.

SAM. Oh. Buenos días. He leído su artículo sobre la toma de notas. Dos veces. Tengo preguntas. Ahora no. Luego. Lo tengo todo subrayado.

ELENA. Siéntate detrás. Escuchas, tomas notas y no hablas mientras interpretamos.

SAM. ¿Nunca?

ELENA. Salvo que se incendie la cabina.

ALMA. No se incendia. La reformaron el año pasado.

SAM. ¿Y el micro? La escuela pide diez minutos en directo para validar las prácticas. Diez minutos, delante de delegados de verdad.

ELENA. Ya veremos. El tercer día, quizá, con un discurso fácil.

SAM. ¿Hay discursos fáciles, sobre puentes?

ALMA. Los agradecimientos. Nadie escucha los agradecimientos.

(Sam se sienta y abre el cuaderno. Elena mira la puerta de la cabina, donde hay una ficha metida en un marco.)

ELENA. Hay un error en la puerta.

ALMA. ¿Cuál?

ELENA. El segundo nombre.

ALMA. Jonas. Es su compañero de cabina. Está en la lista desde el verano.

ELENA. La lista que recibí en julio decía «por confirmar».

ALMA. Confirmó en agosto.

ELENA. ¿Hay otra cabina para el mismo idioma?

ALMA. Hay seis cabinas y seis idiomas. Una cabina por idioma, dos intérpretes por cabina. Es aritmética.

ELENA. Puedo cambiarme con alguien de otro equipo.

ALMA. Las otras cinco cabinas trabajan hacia otros cinco idiomas. ¿Se queda usted con uno?

ELENA. Entendido.

ALMA. Yo hago el sonido. No hago las cabinas. Las cabinas son cosa de coordinación, en el segundo sótano, y coordinación ha dormido dos horas esta noche. ¿Quiere que la llame?

(Pausa.)

ELENA. No.

SAM. ¿Lo conoce?

ELENA. Hemos trabajado juntos.

SAM. ¿Mucho tiempo?

ELENA. Sam. El cuaderno.

SAM. Sí.

(Sam escribe.)

ALMA. ¿Quiere agua? El agua sí tiene derecho a estar sobre la consola. En una botella cerrada.

ELENA. Llega tarde.

ALMA. Nunca llega tarde. Llega dos minutos antes. Hace doce años que lo veo llegar dos minutos antes. Dice que así mantiene la cabeza fría.

ELENA. Ya decía eso entonces.

(Alma la mira, y luego vuelve a ponerse los cascos.)

ALMA. Bueno. Vuelvo a mi pecera, al fondo de la sala. Apertura dentro de ocho minutos. Cabina 3, son ustedes mi cabina preferida. No me monten un acople.

(Alma sale.)

SAM. ¿Eso se lo dice a todas las cabinas?

ELENA. Probablemente.

SAM. ¿Puedo hacerle una sola pregunta? Una pregunta de método.

ELENA. Una.

SAM. Cuando el orador dice una frase que no queremos decir. Una frase falsa, o malintencionada. ¿La decimos igual?

ELENA. La decimos. No estamos aquí para tener opinión.

SAM. ¿Nunca?

ELENA. La opinión se tiene por la noche. Al micro, somos el orador. Cogemos su voz, cogemos sus errores, cogemos sus chistes que no hacen reír a nadie.

SAM. ¿Y lo que pensamos, adónde va?

ELENA. Al botón de tos.

(Sam se ríe, para, escribe.)

ESCENA 2

(Tras el cristal, la luz de la sala baja. Un murmullo de delegados que se acomodan. Entra Jonas, con una cartera y tres lápices en la mano.)

JONAS. Buenos días.

ELENA. Buenos días.

(Se detiene un segundo, luego deja la cartera.)

JONAS. ¿Izquierda o derecha?

ELENA. Ya estoy a la derecha.

JONAS. Entonces me quedo con la izquierda.

(Se sienta. Sam se levanta.)

SAM. Buenos días. Sam. Estoy de prácticas con Elena.

JONAS. Jonas. Te doy la bienvenida. Has caído en la cabina buena. Ella no deja pasar ni una.

ELENA. ¿Quién empieza?

JONAS. Como quieras.

ELENA. Yo hago la apertura. Tú coges el japonés, por relé. Cambiamos a la media hora.

JONAS. De acuerdo.

(Se ponen los cascos. Jonas se separa el auricular derecho, se lo vuelve a

poner, lo vuelve a separar.)

JONAS. Has conservado el termo.

ELENA. Es otro.

JONAS. Es igual.

ELENA. Todos son iguales.

ALMA. Cabina 3, ¿me oyen? Levanten la mano.

(Levantán la mano los dos, sin mirarse.)

ALMA. Encantador. Apertura en treinta segundos. La presidenta del congreso es portuguesa, habla rápido, trae un papel y no lo sigue.

(Elena enciende el micro. Una lucecita roja.)

ELENA. Señoras y señores, queridos colegas, bienvenidos a Lisboa. Bienvenidos al trigésimo primer congreso internacional de puentes y estructuras.

(Jonas escribe una cifra en el bloc y se lo acerca.)

ELENA. Somos mil doscientos, venidos de cuarenta y tres países. Veo en esta sala a gente que lleva cuarenta años construyendo puentes, y a gente que los destruye. Perdón. Que los derriba. Cuando hace falta.

SAM. ¿Se equivoca ella o la oradora?

JONAS. La oradora. Elena no se equivoca. Se corrige a la misma velocidad que el orador.

ELENA. Lisboa es una ciudad de puentes. Se llega por un puente y uno se va por otro. El más largo mide más de diez kilómetros. Aquí se dice que se cruza pensando en lo que uno deja atrás, y que nunca se consigue pensar en otra cosa antes de llegar al final.

(Jonas la mira. Elena mira la sala.)

ELENA. Durante tres días hablaremos de fatiga, de fisuras, de derrumbes. Hablaremos también, espero, de lo que se reconstruye. Un puente, queridos colegas, es una promesa hecha a dos orillas. Se puede cumplir durante cien años. También se puede dejar caer.

SAM. ¿Está añadiendo cosas?

JONAS. No. Escucha el original, canal uno. Ya verás, a la presidenta le encantan las imágenes.

(Sam se pone unos cascos, escucha, asiente, escribe.)

ELENA. Quisiera ahora dar las gracias a nuestros socios. La lista es larga, no la leeré, está en su dossier, página cuatro.

(Pausa. Elena pulsa el botón de tos.)

ELENA. La lee.

JONAS. Siempre la lee.

ELENA. La Asociación de Ingenieros del Norte, la Fundación para el Acero, el Laboratorio Nacional de Materiales, el Ayuntamiento de Lisboa, el Puerto de Lisboa, la Unión de Cementeros...

(Jonas escribe en el bloc y se lo acerca. Elena lee, se detiene medio segundo, pulsa el botón de tos.)

ELENA. ¿Qué es esto?

JONAS. El nombre del siguiente. Lo habías oído mal.

ELENA. Lo había oído perfectamente.

ELENA. ...y la Compañía de Cables y Tirantes, a la que agradezco muy especialmente su apoyo. Buen congreso a todas y a todos.

(Aplausos en la sala. Elena apaga el micro. Pausa.)

JONAS. ¿Qué tal Montreal?

ELENA. Bien.

JONAS. ¿Hace frío?

ELENA. En invierno.

JONAS. Claro. En invierno.

SAM. ¿Vive en Montreal?

ELENA. Desde hace veinte años.

SAM. ¿Y usted, Jonas?

JONAS. Yo vivo en las cabinas. Esta, la de Ginebra, la de Viena. El resto del tiempo tengo un piso donde no hay nada en la nevera.

SAM. Entonces, ¿ya habían trabajado juntos? Elena me ha dicho que habían trabajado juntos.

JONAS. ¿Te ha dicho eso?

SAM. Es lo único que ha dicho.

JONAS. Seis años. Éramos la cabina que se reservaba de un tirón. Los dos nombres o nada.

ELENA. Hace mucho.

JONAS. Hace mucho.

ALMA. Cabina 3, el ingeniero japonés sube a la tribuna. No hay cabina de japonés que trabaje hacia la suya, así que tomen el relé de la cabina 5. Les aviso, la cabina 5 respira fuerte.

JONAS. Gracias, Alma.

ALMA. Y Jonas: le he subido el volumen. Como me pidió.

(Jonas enciende el micro. Elena lo mira.)

ESCENA 3

JONAS. Gracias, señora presidenta. Voy a hablarles de algo que nadie ve. La fisura por fatiga.

(Elena se sirve té, en el suelo, junto a la consola.)

JONAS. Una fisura por fatiga nace de un defecto minúsculo. Una burbuja en el acero. Una soldadura hecha un viernes por la noche. Cada camión que pasa la hace crecer una millonésima de milímetro. Durante veinte años no se ve nada. Se inspecciona, se golpea con un martillo, el puente responde bien. El puente siempre responde bien.

ELENA. Una soldadura hecha un viernes por la noche. Eso lo ha añadido él.

SAM. No, está en el original. Bueno, en el relé. La cabina 5 ha dicho «un viernes por la noche».

ELENA. La cabina 5 adorna.

JONAS. Y un buen día, la fisura alcanza lo que llamamos la longitud crítica. A partir de ahí ya no hacen falta años. Basta un segundo.

(Jonas pulsa el botón de tos.)

JONAS. ¿Puedes dejar de beber té? Ya no oigo a la cabina 5.

ELENA. Estoy bebiendo té a un metro de ti.

JONAS. Sigue siendo demasiado cerca.

JONAS. Así que la pregunta no es quién hizo la fisura. Todo el mundo hace fisuras. La pregunta es: quién la vio, y quién no dijo nada. En el puente cuyas fotos voy a enseñarles, solo una persona había visto el defecto. Lo señaló en un informe. Una sola vez. Y se marchó antes de que le respondieran.

SAM. No ha dicho eso.

ELENA. ¿Quién?

SAM. El ingeniero. Ha dicho que el informe se archivó. No ha dicho que la persona se marchara.

ELENA. Apúntalo.

SAM. ¿Que apunte qué?

ELENA. Que la cabina 3 también adorna.

(Sam escribe. Jonas señala el reloj. Elena enciende su micro, él apaga el suyo. Cambian sin una palabra, en el mismo segundo.)

SAM. ¿Cómo lo hacen?

JONAS. Veintiséis años.

ELENA. Esta es la primera foto. Ven la viga principal. No ven nada. Es normal. No hay nada que ver. La fisura estaba ahí desde la construcción, y durante todo ese tiempo la estructura se quedó sin que nadie la vigilara. Sin una palabra. Sin una carta.

SAM. Ha dicho «sin inspección».

ELENA. Perdón. Sin inspección. Sin ninguna inspección. Durante veinte años nadie fue a verlo. Nadie llamó siquiera por teléfono.

JONAS. Elena.

ELENA. ¿Qué?

JONAS. En ese puente no hay teléfono.

ELENA. Es una imagen.

JONAS. Él no ha hecho ninguna imagen. Es un ingeniero japonés, tiene cuarenta fotos y ni una sola imagen.

ELENA. Segunda foto. Aquí, la misma viga, la mañana del derrumbe. Se abrió

de golpe. Después se dijo que era imprevisible. No era imprevisible. Solo era muy lento.

ALMA. Cabina 3. Pequeña pregunta de la sala. El delegado belga de la fila doce quiere saber si el orador japonés habla de un puente o de su mujer.

(Elena pulsa el botón de tos.)

ELENA. De un puente.

ALMA. Se lo transmito. Parece aliviado. Es el único.

JONAS. Apunta eso también. Primer día, primera queja. Las once y doce.

SAM. ¿Apunto la hora?

JONAS. La hora se apunta siempre. Algún día sirve.

ELENA. Tercera foto.

(La luz baja sobre la cabina.)

ESCENA 4

(Por la noche. La sala está vacía tras el cristal. Los cascos están sobre la consola. Jonas está solo, sentado en el sitio de Elena. Tiene en la mano el bloc de notas del día. Entra Alma con una caja.)

ALMA. Recojo los cascos. Puede quedarse, pero recojo los cascos.

JONAS. Me voy en un minuto.

ALMA. Eso lo dice todas las noches, en todas las ciudades.

(Guarda los cascos uno a uno en la caja.)

ALMA. Tres veces.

JONAS. ¿Tres veces qué?

ALMA. Tres veces hoy que me pide que suba el volumen. Por la mañana, a mediodía y durante el griego. Ya estoy al máximo, Jonas. Después del máximo viene el acople, y después del acople vengo yo, llorando en el control.

JONAS. La cabina 5 habla bajo.

ALMA. La cabina 5 habla como una cabina. Es usted el que escucha por un solo lado.

(Pausa. Jonas deja el bloc.)

JONAS. Me lo prometió.

ALMA. En Ginebra, sí. Se lo prometí en Ginebra. No dije nada en Ginebra, no dije nada en Viena, no diré nada aquí. Pero no puedo inventarme decibelios.

JONAS. Lo sé.

ALMA. Ella está a su derecha.

JONAS. Siempre ha estado a la derecha.

ALMA. Cámbiese de sitio. Póngala a la izquierda. Le dice que le duele la espalda, que es por el sol, lo que sea.

JONAS. Ella ya estaba ahí cuando llegué. No voy a pedirle que se mueva el primer día.

ALMA. ¿Y el tercer día?

JONAS. El tercer día, ya veremos.

(Alma coge los últimos cascos, los de Jonas. Duda, y se los tiende.)

ALMA. Le dejo los suyos. Se los he ajustado. El auricular izquierdo suena más fuerte. No se lo diga a las otras cabinas, que todas van a querer unos.

JONAS. Gracias.

ALMA. No me dé las gracias. Es usted mi cabina preferida.

JONAS. Eso se lo dice a todas las cabinas.

ALMA. Sí. Pero a usted se lo digo en último lugar.

(Alma sale con la caja. Jonas se queda. Coge el lápiz de Elena, olvidado sobre la consola, y lo deja delante del sitio de ella, bien recto. Oscuro.)

ACTO II: SEGUNDO DÍA

ESCENA 1

(Por la mañana. Elena está en su sitio, a la derecha. Repasa un glosario. Entra Sam, con un cuaderno en una mano y nada en la otra.)

SAM. Traía dos cafés. El vigilante me ha dicho: nada de líquidos en las cabinas. Así que me los he bebido abajo. Los dos. Hoy voy a hablar muy rápido.

ELENA. Siéntate.

SAM. He releído mis notas de ayer, en el tranvía. Las once y doce, la queja del delegado belga. Las tres, Jonas dice «tirante» tres veces seguidas y el orador griego dice «cable» tres veces seguidas. Las cuatro y cuarenta, usted le dice «buen provecho» a la sala en lugar de «buen descanso».

ELENA. Eran las cuatro y cuarenta. Se puede entender.

SAM. Y he apuntado otra cosa. No se miran nunca. Ni para cambiar de micro. Cambian en el mismo segundo, sin mirarse.

ELENA. Es el oficio. No se mira al compañero, se mira al orador.

SAM. En la escuela nos enseñan lo contrario. La mirada, el gesto con la cabeza, la mano en el hombro cuando el otro se cansa.

ELENA. En la escuela os enseñan muchas cosas.

SAM. ¿Ustedes estuvieron juntos?

(Pausa.)

SAM. Perdón. Esa no es una pregunta de método.

ELENA. No, no lo es.

(Elena cierra el glosario.)

ELENA. Seis años. Trabajábamos juntos, vivíamos juntos. Salíamos el lunes, volvíamos el viernes, dormíamos en hoteles que tenían todos la misma moqueta.

SAM. ¿Y?

ELENA. Y un día, en Viena, el último día de una conferencia sobre presupuestos agrícolas, le hice una pregunta. Con el micro cerrado. Él estaba al micro. Siguió interpretando.

SAM. ¿Qué pregunta?

ELENA. Una pregunta sencilla. De las que se responden con un sí o con un no.

SAM. ¿Y qué respondió?

ELENA. Me respondió los cereales, las cuotas lecheras y la remolacha azucarera. Hasta el final de la sesión. Por la noche tampoco dijo nada. Una semana después, yo ya me había ido.

SAM. A Montreal.

ELENA. Me ofrecían un puesto allí. Le preguntaba si se venía.

SAM. A lo mejor no la oyó.

ELENA. Jonas lo oye todo. Oye a un orador tartamudear en la cabina de al lado. Oye una falta de concordancia a diez metros. Oía la lluvia antes de que cayera.

SAM. ¿Y nunca se lo volvió a preguntar?

ELENA. Una pregunta así no se hace dos veces.

SAM. Yo la haría dos veces. La haría diez veces.

ELENA. Tienes veinticuatro años.

SAM. ¿Puedo decirle una cosa? No sé si quiero dedicarme a esto.

ELENA. Te quedan dos días de prácticas para saberlo.

SAM. Ayer estuve mirándolos todo el día. Hablaron seis horas y no dijeron nada. Nada que fuera suyo. «Una promesa hecha a dos orillas» era la presidenta. «Buen provecho» era el cansancio. Y «nadie llamó siquiera por teléfono» era usted. Era un error.

ELENA. Era un error.

SAM. Era la única frase del día que era de alguien.

(Pausa.)

ELENA. Entonces no te dediques a esto para decir tus frases. Hazlo por las de los demás. Las tuyas, guárdatelas para la noche.

SAM. ¿Y usted, por la noche, a quién se las dice?

(Entra Jonas. Elena vuelve a abrir el glosario.)

JONAS. Buenos días.

ELENA. Llegas pronto.

JONAS. Un minuto cincuenta. Me hago mayor.

(Se sienta a la izquierda, se pone los cascos, se separa el auricular derecho.)

ESCENA 2

ALMA. Buenos días, cabina 3. Segunda jornada, sesión de los derrumbes. Les recuerdo que ayer hicimos cero acoples. Cero. Lo he escrito en la pizarra del control. No me hagan borrar la pizarra.

JONAS. Prometido.

ALMA. La oradora es noruega, habla bajito, tiene voz de canción de cuna. No se me duerman, que les oigo roncar desde aquí.

(Jonas enciende el micro.)

JONAS. Buenos días. Voy a contarles la historia de un puente que habló durante diez años y al que nadie escuchó.

(Elena levanta la vista del glosario.)

JONAS. Era un puente pequeño, al fondo de un fiordo. Doscientos metros. Un pueblo a cada lado. A partir de mil novecientos noventa y siete... Perdón. A partir de mil novecientos ochenta y siete, los vecinos empezaron a quejarse de un ruido. Por la noche, el puente crujía. Un ruido largo, como el de una puerta.

SAM. ¿Era el ochenta y siete o el noventa y siete? La cabina 5 ha dicho los dos.

(Jonas no reacciona. Sam se inclina hacia el hombro derecho de Jonas.)

SAM. ¿Jonas? ¿Ochenta y siete o noventa y siete?

(Jonas sigue. Elena mira a Sam, luego a Jonas. Escribe «87» en el bloc y se lo acerca. Él lo lee sin girar la cabeza.)

JONAS. Ochenta y siete. Los vecinos escribieron al ayuntamiento. El ayuntamiento contestó que los puentes hacen ruido. Es verdad. Los puentes hacen ruido. El metal se dilata de día y se contrae de noche. Un puente que no hace ningún ruido es un puente que ya no se mueve, y un puente que ya no se mueve se va a romper.

SAM. ¿No me oye?

ELENA. Está trabajando.

SAM. Le he hablado dos veces.

ELENA. Cuando se trabaja, no se oye nada. ¿No es eso lo que os dicen en la escuela?

SAM. Nos dicen que se oye todo y que se elige.

(Elena mira a Jonas. No contesta. Jonas señala el reloj. Cambian de micro. Esta vez, se miran.)

ELENA. Pero el ruido cambió. En mil novecientos noventa y cinco ya no se oía

solo de noche. Se oía también de día, y era más agudo.

JONAS. Qué voz más bonita tiene la noruega.

ELENA. ¿La oyes?

JONAS. Oigo a la cabina 5, que la oye.

ELENA. Una vecina grabó el ruido con un pequeño magnetófono. Envió la cinta al ministerio. El ministerio archivó la cinta.

JONAS. ¿Te casaste?

(Elena pulsa el botón de tos.)

ELENA. Ahora no.

JONAS. Tienes el botón bajo el dedo. Es ahora o esta noche, y esta noche coges el avión.

ELENA. Mañana por la noche.

ELENA. Encontramos la cinta hace dos años, en los archivos. La escuchamos.

ELENA. Un poco.

JONAS. ¿Un poco casada?

ELENA. Cuatro años. Un ingeniero. Hablaba muy bien de la nieve.

ELENA. En la cinta se oye el puente. Y se oye a la mujer que habla por encima, para fechar la grabación. Dice: «No sé si alguien escuchará esto algún día».

(Pausa. Sam se quita los cascos.)

SAM. De verdad ha dicho eso. Lo juro. Está en el original.

JONAS. Lo sé.

ELENA. ¿Y tú?

JONAS. No.

ELENA. ¿Nunca?

JONAS. Tengo un piso donde no hay nada en la nevera.

ELENA. Los ingenieros del ministerio fueron dos veces. Midieron, golpearon con un martillo. El puente respondió bien.

JONAS. ¿Tuviste compañeros de cabina, allí?

ELENA. Once.

JONAS. Once.

ELENA. Ninguno pasa las cifras como tú. Las escriben demasiado grandes. O demasiado tarde.

JONAS. Yo las escribo en el momento justo.

ELENA. Las escribes antes. Las escribías antes de que el orador las dijera. Me volvía loca.

JONAS. Decías que era trampa.

ELENA. Era trampa.

SAM. ¿Se dan cuenta de que se están hablando?

ELENA. Sam. El cuaderno.

ELENA. El puente se derrumbó en mil novecientos noventa y siete. Una mañana de marzo. No había nadie encima. Es lo único que salió bien.

(Pausa. Las palabras de la oradora siguen en los cascos. Elena las deja pasar, un segundo, dos segundos.)

ALMA. Cabina 3, tengo un hueco. ¿Todo bien?

ELENA. Perdón. La oradora pregunta qué deberíamos haber hecho. Y responde: habría bastado con hacerle una pregunta al puente. Una sola. Y esperar la respuesta.

JONAS. ¿Ha dicho eso?

SAM. Ha dicho: habría bastado con instalar un sensor.

(Elena no mira ni a Sam ni a Jonas.)

ELENA. Un sensor. Habría bastado con instalar un sensor.

(Elena bebe un sorbo de agua. La luz baja sobre la cabina.)

ESCENA 3

(Por la tarde, última sesión del día. Tras el cristal, la sala está menos llena. Jonas está al micro.)

JONAS. Gracias. Soy polaco, soy ingeniero, y voy a hablar de pruebas de

carga, lo que quiere decir que voy a hablar de camiones. Muchos camiones.

(Elena se mira las manos. Sam escribe.)

JONAS. Antes de abrir un puente, se carga. Se le ponen encima veinticuatro camiones de treinta y dos toneladas, en puntos precisos, y se mide cuánto baja. Si baja cuatro centímetros, todo va bien. Si baja cuarenta, se manda volver a los camiones.

ELENA. Jonas.

(Jonas no gira la cabeza.)

JONAS. La primera prueba tuvo lugar en dos mil once, sobre el Vístula. Setecientas sesenta y ocho toneladas en total.

(Elena se inclina hacia él y habla más fuerte.)

ELENA. Aquel día, en Viena. No me habías oído.

JONAS. El tablero bajó treinta y un milímetros...

ELENA. ¿Es eso? Estabas trabajando. Estabas en las remolachas, en las cuotas, y no me oíste. Como a Sam esta mañana. Veinte años diciéndome que no quisiste responder, y lo que pasó es que no me habías oído.

JONAS. Sí. Te había oído.

(Un silencio. Tras el cristal, algunas cabezas se vuelven hacia las cabinas. Jonas mira su micro, con la luz roja encendida.)

JONAS. ...treinta y un milímetros, para una flecha prevista de treinta y tres.

ALMA. Cabina 3. Cabina 3, están en el canal. Repito, están en el canal. Toda la sala acaba de oírles. El delegado belga me está haciendo señas.

(Elena se levanta. Coge su bolso.)

JONAS. Elena.

(Sale. La puerta se cierra despacio. Jonas sigue, más lento.)

JONAS. La segunda prueba... La segunda prueba se hizo en un puente atirantado.

JONAS. Los camiones estaban colocados... Estaban colocados en el vano central. En total...

(Se aprieta los cascos contra la oreja izquierda.)

JONAS. ¿Cuántas? Sam, ¿cuántas?

SAM. Tres mil doscientas toneladas.

(Jonas no reacciona. Sam mira el hombro derecho de Jonas, luego se levanta y pasa al otro lado, a su izquierda.)

SAM. Tres mil doscientas.

JONAS. En total, tres mil doscientas toneladas. Lo cual es, creo, un récord para Polonia y quizá para Europa.

(Jonas pulsa el botón de tos.)

JONAS. Siéntate ahí.

SAM. ¿Dónde?

JONAS. En su sitio. Coge el micro.

SAM. No puedo. Es el polaco, no he preparado nada, no tengo el glosario.

JONAS. Nadie ha preparado el polaco. Habla de camiones. Ya sabes lo que es un camión.

SAM. Eso me toca el tercer día. Con los agradecimientos.

JONAS. Los agradecimientos son mañana. Los camiones son ahora.

(Sam se sienta en el sitio de Elena y se pone los cascos. Jonas apaga su micro. Sam enciende el suyo. La luz roja. Silencio.)

ALMA. Cabina 3, tengo silencio. ¿Es un silencio a propósito?

SAM. Los... Perdón. Los camiones. Señoras y señores, la tercera prueba... La tercera prueba se hizo de noche, porque de día la carretera estaba abierta.

(Jonas escribe una cifra y empuja el bloc. Sam la lee.)

SAM. Cuarenta y ocho camiones. Se les hizo entrar uno a uno, muy despacio, y se escuchó al puente.

(Jonas hace un gesto con la mano: sigue.)

SAM. Ahora les enseño las mediciones. Sé que les gustan las mediciones. A mí también. Por eso no tengo amigos.

(Una risa en la sala, tras el cristal. Sam se detiene y mira a Jonas.)

JONAS. Es él. Es su chiste. Sigue.

SAM. La flecha máxima fue de cuarenta y cuatro milímetros. El puente volvió

a su posición en seis minutos. Volvió exactamente adonde estaba. Un puente siempre vuelve, si no se le ha cargado demasiado.

(La luz baja y vuelve a subir. Pasa el tiempo. Sam sigue hablando, más rápido, sin detenerse. Jonas ya no empuja cifras. Aplausos tras el cristal. Sam apaga el micro.)

SAM. ¿Cuánto ha sido?

JONAS. Doce minutos.

SAM. He dicho «tablero» en lugar de «vano». Todo el rato.

JONAS. Él también.

SAM. He dicho «no tengo amigos».

JONAS. Él también.

(Pausa. Jonas se quita los cascos.)

JONAS. Hace un rato, te has cambiado de lado.

SAM. Por la derecha no me oía. Ayer tampoco. Ayer le pregunté tres veces si quería agua. Solo me dijo que sí cuando se lo pregunté por el otro lado.

JONAS. No escribas eso.

(Sam mira el cuaderno abierto, y luego lo cierra.)

SAM. No lo he escrito.

ESCENA 4

(Por la noche. La sala se vacía tras el cristal. Jonas se ha ido. En la cabina solo queda Sam, con una hoja en la mano. Entra Alma, con un trapo y un rotulador en las manos.)

ALMA. Cero acoples. Había escrito cero acoples en la pizarra. Acabo de borrarlo. En su lugar he escrito: una confesión.

SAM. No ha sido un acople.

ALMA. Es peor que un acople. Con un acople, la gente se tapa los oídos y se olvida. Una confesión la comentan en el cóctel. El delegado belga ya está contando su versión en la mesa de los coreanos.

SAM. ¿Dónde está Elena?

ALMA. Se ha ido. Se quedó detrás de la puerta hasta el final de la sesión, y

luego cogió un taxi. Jonas bajó. Demasiado tarde. Ha hecho usted un buen trabajo, con el polaco.

SAM. ¿Lo ha escuchado?

ALMA. Lo escucho todo. Es mi trabajo. Quince años oyendo lo que dice la gente cuando cree que nadie escucha. La cabina 6 come patatas fritas. La cabina 2 canta en las pausas, siempre la misma canción, y desafinando. Un día, un intérprete le pidió matrimonio a alguien, con el micro abierto, delante de dos mil veterinarios.

SAM. ¿Y?

ALMA. Los veterinarios aplaudieron. La otra persona dijo que no. Y aprendí una cosa. La gente nunca dice nada importante al micro. Salvo por accidente.

(Sam le tiende la hoja.)

SAM. Esta mañana había que bajar al sótano, a coordinación, a por las acreditaciones de mañana. El coordinador estaba dormido encima de la mesa. Me dijo que ordenara el archivador de las asignaciones. Estaba dentro.

ALMA. Solicitud de asignación. Dos de agosto. «Cabina 3, si es posible con Elena, Montreal. Sé que está en la lista. Es mi último congreso, es importante.» Y su firma.

(Pausa.)

ALMA. Vuelva a meter eso en el archivador.

SAM. Ella cree que es casualidad. Pidió cambiar de cabina la primera mañana.

ALMA. No es asunto nuestro.

SAM. «Es mi último congreso.» Usted sabe por qué es el último.

ALMA. Yo hago el sonido.

SAM. Es el oído. Ya no oye por la derecha.

(Alma deja el trapo y el rotulador sobre la consola.)

ALMA. ¿Quién se lo ha dicho?

SAM. Nadie. Me cambié de lado.

ALMA. Entonces sabe usted tanto como yo. Yo prometí no decir nada. Hace dos años, en Ginebra, lloró en mi control, entre dos sesiones sobre la seguridad de las presas, y se lo prometí.

SAM. Yo no he prometido nada.

ALMA. No. Usted no ha prometido nada.

(Pausa. Alma vuelve a coger el rotulador y el trapo, y va hasta la puerta.)

ALMA. Voy a reescribir la pizarra. Cero acoples, una confesión. Mañana me gustaría cero confesiones. Pero no cuento mucho con ello.

(Sale. Sam dobla la hoja en dos, luego en cuatro, y la guarda en un bolsillo. Oscuro.)

ACTO III: TERCER DÍA

ESCENA 1

(Por la mañana. Alma, con los cascos al cuello, prueba los micros. Entra Elena con su bolso y una ficha de cartulina. Sin termo.)

ALMA. Uno, dos. Cabina 3, micro izquierdo. Cero confesiones. Uno, dos.

ELENA. Buenos días.

ALMA. Ha vuelto.

ELENA. Firmé un contrato de tres días.

ALMA. Hay gente que firma contratos de tres días y se va la segunda noche. Lo he visto. Una intérprete turca, en Oporto. Dejó los cascos sobre la consola, con una nota: «Apáñense».

ELENA. ¿Y se apañaron?

ALMA. En absoluto. Fue la vez del café.

(Elena se sienta en su sitio, a la derecha. Deja la ficha delante.)

ELENA. Ayer llamé a coordinación. Hay una intérprete de reserva, en el hotel. Puede estar aquí en media hora.

ALMA. ¿Para la clausura?

ELENA. Para la clausura.

ALMA. ¿Y usted?

ELENA. Tengo un avión esta noche. Puedo coger uno antes.

ALMA. ¿Ha dicho que sí?

ELENA. He dicho que volvería a llamar.

(Pausa. Alma prueba el otro micro.)

ALMA. Cabina 3, micro derecho. Uno, dos. Nadie vuelve a llamar nunca.

(Entra Sam corriendo.)

SAM. Buenos días. Perdón. El tranvía.

ELENA. Siéntate. Tengo tu ficha.

SAM. ¿Mi ficha de prácticas?

ELENA. La escuela pide diez minutos en directo, delante de delegados de verdad. Tú hiciste doce, con el polaco, sin preparación, sin glosario y sin mí.

SAM. Usted no estaba. ¿Cómo lo sabe?

ELENA. Estaba detrás de la puerta. El pasillo tiene altavoces.

(Le tiende la ficha. Sam la lee.)

SAM. «Aguantó doce minutos sin nadie al lado. Hizo reír a la sala con el chiste del orador, que es lo más difícil del oficio.» ¿Oyó el chiste?

ELENA. Se rio todo el pasillo.

SAM. Yo no hice reír a la sala. Era su chiste.

ELENA. Siempre es el chiste del orador. Eres tú quien lo hace llegar.

(Sam aprieta la ficha contra el pecho.)

SAM. Sigo sin saber si quiero dedicarme a esto.

ELENA. Tienes tiempo. Yo solo lo sé algunos días.

(Pausa. Sam saca de un bolsillo una hoja doblada en cuatro, la despliega y la deja sobre la consola, delante de Elena.)

SAM. Tengo que darle esto. No sé si está bien dárselo. Pero si no se lo doy, soy yo quien elige por usted, y eso tampoco me gusta.

(Elena lee.)

ELENA. Dos de agosto.

SAM. Estaba en el archivador de coordinación.

(Elena sigue leyendo. Bajo la consola, su pie empieza a dar golpecitos. Un chisporroteo. Alma se acerca los cascos a la oreja.)

ALMA. Al tercer día.

(Alma deja caer los cascos alrededor del cuello. Elena suelta la hoja.)

ELENA. Lo sabía. La primera mañana, cuando yo leía la puerta, él ya lo sabía desde hacía más de dos meses.

ALMA. Me voy al control.

ELENA. Usted también lo sabía.

ALMA. Sabía que había pedido la cabina 3. Todo el mundo pide la cabina 3. Es la que tiene mejores vistas.

ELENA. «Mi último congreso.» ¿Por qué el último?

ALMA. Eso le toca decirlo a él.

ELENA. ¿Y tú?

SAM. A mí tampoco me toca.

ELENA. Aquí hay dos personas que saben algo, y la que está en la cabina soy yo.

ALMA. Llegará dos minutos antes. Siempre llega dos minutos antes.

(Se abre la puerta. Entra Jonas.)

ALMA. O no.

SAM. Llega pronto. Veinte minutos antes.

JONAS. Tenía que hacer una cosa antes de la sesión.

(Alma sale. Sam se levanta.)

SAM. Voy a por agua. En una botella cerrada.

(Sam sale.)

ESCENA 2

(Jonas deja la cartera. No se sienta. Elena le acerca la hoja por encima de la consola.)

ELENA. Dos de agosto.

JONAS. Anoche bajé. Tu taxi estaba doblando la esquina.

ELENA. Dos de agosto, Jonas.

JONAS. El coordinador duerme encima de sus archivadores.

ELENA. Viste mi nombre en la lista.

JONAS. En julio. Había treinta nombres. El tuyo era el vigesimosegundo. Leí la lista cuatro veces para estar seguro de que eras tú. No hay tantas Elenas que vivan en Montreal y trabajen en puentes.

ELENA. Yo no trabajo en puentes. Trabajo en lo que me dan.

JONAS. Yo también.

ELENA. Y rellenaste un formulario. Veinte años sin una palabra, y luego un formulario de solicitud de asignación, por triplicado.

JONAS. Un solo ejemplar.

ELENA. Podrías haber escrito. Una carta. Un mensaje. Una postal con un puente.

JONAS. Lo intenté. Tengo un cajón lleno de comienzos. No sé hacer los comienzos. Sé hacer lo que viene después. Alguien habla, y yo continúo. Soy muy bueno continuando.

ELENA. Entonces continúa. Viena.

(Pausa. Jonas se sienta en su sitio, a la izquierda.)

JONAS. Viena. El delegado finlandés leía las cuotas lecheras. Veintisiete países, dos cifras por país, la antigua y la nueva. No levantaba la cabeza. Iba por el noveno país cuando dijiste «Montreal». Por el undécimo cuando dijiste «¿Vienes conmigo?».

ELENA. Te acuerdas.

JONAS. El undécimo era Irlanda. Me acuerdo. Me dije: termino la lista y respondo. Una cifra no se suelta a la mitad, lo sabes, si sueltas una cifra, pierdes todas las que vienen detrás. Terminé la lista. Él pasó a la remolacha. Me dije: termino la remolacha. Después de la remolacha vinieron los cereales, después de los cereales, las preguntas de la sala. Y con cada frase la respuesta se volvía más difícil, porque además había que explicar por qué no la había dado en la frase anterior.

ELENA. Era sí o no. No ocupa nada, un sí o un no.

JONAS. Al final de la sesión, estabas guardando tus lápices. Te miré guardarlos, uno a uno, en la cajita de lata. Y entendí que si decía que sí, había que irse. Y que si decía que no, te ibas tú. Así que no dije nada. Mientras no dijera nada, seguías aquí.

ELENA. Una semana.

JONAS. Una semana. Fue la mejor semana. Estabas aquí, y no se había acabado nada.

ELENA. Fue la peor semana de mi vida. Esperaba en cada comida. Esperaba en la escalera. Esperaba cada vez que cogías las llaves.

JONAS. Lo sé.

ELENA. No, no lo sabes. Esperé un año antes de tirar tu cepillo de dientes.

JONAS. Yo no tenía cepillo de dientes en Montreal.

ELENA. Te había comprado uno. Para cuando vinieras.

(Un silencio.)

JONAS. Tenía miedo.

ELENA. ¿De qué? ¿De la nieve?

JONAS. De ser el que va detrás. En una ciudad donde nadie me conocía, con alguien a quien llamaban de todas partes y que acabaría cansándose de verme esperar a la salida de las cabinas. Tenía miedo de que un día te dieras la vuelta y te preguntaras qué hacía yo allí.

ELENA. Nunca me habría preguntado eso.

JONAS. Lo dices con veinte años de distancia.

ELENA. Lo digo con veinte años de nieve.

JONAS. ¿Y tú? Tú tampoco escribiste nunca.

(Pausa.)

ELENA. Tres veces, en veinte años, vi tu nombre en una lista. Ginebra, hace doce años. Seúl, hace siete. Viena, el año pasado. Viena, imagínate. Tres veces rechacé el contrato. Dije que ya tenía otra cosa. No tenía nada. Me quedaba en Montreal, miraba la nieve y pensaba: en este momento está en una cabina, pasándole cifras a otra persona. Y este verano llegó la lista de Lisboa. Estaba tu nombre, y al lado: «por confirmar». Firmé ese mismo día.

JONAS. ¿Por qué?

ELENA. Porque ponía «por confirmar». Pensé: no vendrá, nunca confirma nada. Y una pequeña parte de mí, muy pequeña, la parte que escribe las cifras en el margen, pensó: ¿y si viniera?

JONAS. Y la primera mañana pediste cambiar de cabina.

ELENA. Yo tampoco sé hacer los comienzos.

(Pausa.)

ELENA. ¿Y por qué ahora? ¿Por qué es el último?

JONAS. Porque a los cincuenta y tres años uno se retira.

ELENA. Nadie se retira a los cincuenta y tres. Decías que te morirías en cabina, en mitad de una frase, y que te enterrarían con los cascos puestos.

JONAS. He cambiado de opinión.

ELENA. Mientes. Ya mentías así, sin mirarme, mirando al orador.

JONAS. No hay orador.

ELENA. Precisamente.

(Jonas mira la sala vacía tras el cristal.)

JONAS. Quería responderte. En una cabina, ya que fue en una cabina donde no lo hice. Pensé que si estabas sentada ahí, a mi lado, con un micro, un orador y un bloc de papel, lo conseguiría. Que sería como continuar.

ELENA. Entonces responde.

JONAS. Ya no es la misma pregunta.

ELENA. Es la misma. Nunca la he cambiado.

(Jonas abre la boca. La luz de la sala baja. El murmullo de los delegados.)

ALMA. Cabina 3, sesión de clausura en un minuto. La presidenta portuguesa ha vuelto. Trae tres folios. No los seguirá.

(Entra Sam con una botella de agua cerrada. Sam la deja en el suelo y se sienta detrás.)

ELENA. La clausura la hago yo.

JONAS. No. Yo.

ELENA. No has dormido.

JONAS. Es la última. Me la quedo yo.

(Elena lo mira. Le deja el micro. Jonas se pone los cascos y se aprieta el auricular izquierdo contra la oreja. Sam lo ve.)

ESCENA 3

(Jonas enciende el micro. La luz roja.)

JONAS. Señoras y señores, queridos colegas. Tres días. Tres días de fisuras, de camiones y de puentes que crujen de noche. Veo caras cansadas. Veo también caras que han cenado tarde en los muelles, y no diré nada.

SAM. ¿De verdad ha dicho eso?

ELENA. Lo dice todos los años.

JONAS. Antes de concluir, quisiera dar las gracias. No a los socios, tranquilos, están en la página cuatro. Quisiera dar las gracias a quienes ustedes no ven. A los técnicos, en primer lugar, que han aguantado tres días sin un solo acople.

ALMA. Gracias, señora presidenta.

JONAS. Y a los intérpretes. Están detrás de los cristales, ahí arriba. Durante tres días han tomado nuestras voces y nuestros errores. Les han dicho cosas que no pensaban. Bueno, eso espero. Ayer, en una cabina, hubo un pequeño incidente.

(Elena mira a Sam. Sam mira el cuaderno.)

JONAS. No sé lo que se dijo. No hablo ese idioma. Pero doy las gracias a la cabina en cuestión. Fue el único momento del congreso en que toda la sala escuchó a la vez.

(Risas en la sala. Aplausos. Jonas sigue, más fuerte.)

JONAS. Desde hace tres días hablamos de lo que se rompe. Quisiera terminar con la manera en que se construye. Un gran puente... Un gran puente no se...

(Se aprieta el auricular contra la oreja izquierda. Se calla. En los cascos, la voz lejana de la oradora continúa.)

ALMA. Cabina 3, habla muy fuerte. Le bajo el volumen.

JONAS. Un gran puente...

ALMA. Cabina 3, tengo un hueco.

(Jonas no se mueve. Sam se levanta.)

SAM. Elena. Ya no oye por la derecha.

(Elena mira a Sam, luego a Jonas.)

ELENA. ¿Desde cuándo?

(Jonas pulsa el botón de tos.)

JONAS. Tres años.

ELENA. El volumen. Los cascos. «Ya no oigo a la cabina 5.» El último congreso. Y me dejaste a la derecha. Tres días.

JONAS. Tú ya estabas ahí cuando llegué. Está hablando, Elena. La presidenta está hablando.

(Elena coge su silla, la pasa al otro lado y se sienta a la izquierda de Jonas. El cable de sus cascos no llega. Sam se quita los cascos y se los da a Elena. Ella se los pone sobre una sola oreja.)

ELENA. Repite lo que te diga.

(Le aparta a Jonas el auricular izquierdo y se inclina hacia su oído. Dice el discurso en voz baja, medio tiempo por delante de él. Él lo repite al micro.)

ELENA. Un gran puente no se construye de una orilla a la otra.

JONAS. Un gran puente no se construye de una orilla a la otra.

ELENA. Se construye desde las dos orillas a la vez.

JONAS. Se construye desde las dos orillas a la vez.

ELENA. Cada equipo avanza hacia el centro, por encima del vacío, sin ver al otro.

JONAS. Cada equipo avanza hacia el centro. Por encima del vacío. Sin ver al otro.

ELENA. Durante meses, queda entre los dos un espacio por el que nadie puede pasar.

JONAS. Durante meses, queda entre los dos un espacio por el que nadie puede pasar. Se calcula, se apunta, se duda.

ELENA. No ha dicho «se duda».

JONAS. Podría haberlo dicho.

ELENA. Y un día, con apenas unos centímetros de diferencia, las dos mitades se unen.

JONAS. Y un día, con apenas unos centímetros de diferencia, las dos mitades se unen.

ELENA. Eso se llama el cierre. Es el día más bonito de una obra. Ese día, nadie da discursos.

JONAS. Eso se llama el cierre. Es el día más bonito de una obra. Ese día, nadie da discursos. Los equipos se encuentran en el centro y se dan la mano por encima del río.

ELENA. Buen viaje de vuelta. Y vuelvan.

JONAS. Buen viaje de vuelta. Y vuelvan.

(Aplausos en la sala, largos. Elena se quita los cascos de Sam y los deja sobre la consola. No se mueven.)

ALMA. Cabina 3, se acabó. Gracias. Ya pueden apagar.

(Jonas no apaga. La luz roja sigue encendida. La sala se vacía tras el cristal.)

ELENA. ¿Esa era tu respuesta? ¿Un formulario y un discurso de clausura?

JONAS. Es lo único que sé hacer. Continuar.

ELENA. Ya no podrás continuar.

JONAS. No. Dentro de un año no oiré nada por este lado.

ELENA. Entonces me quedaré en el otro.

(Pausa. Elena se inclina hacia su oído izquierdo.)

ELENA. ¿Vienes conmigo?

JONAS. Sí.

(Un silencio.)

ALMA. Cabina 3. Su micro sigue abierto.

JONAS. Lo sé.

ALMA. La sala está casi vacía, pero la grabación sigue. Va a los archivos

del congreso. ¿Corto?

JONAS. No.

ALMA. De acuerdo. Lo dejo.

(Sam abre el cuaderno, mira el reloj de la consola y escribe.)

SAM. Las once y doce.

(La luz roja sigue encendida. Oscuro.)



Ensaya este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabajalo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escríbenos a contact@acto.re.